

DEL PSICOANALISMO AL PSICOANÁLISIS

Iván Sandoval Carrión

abcdario Freud ↔ Lacan

Quito, marzo de 2021

NOTA: Una primera versión de este texto fue presentada el 12 de diciembre de 2019 en las Jornadas de la Maestría en Psicología Clínica con mención en Psicopatología y Psicoanálisis, de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, ante un auditorio conformado por estudiantes de la maestría y del pregrado, y docentes. Este documento es una versión ampliada y corregida de la original.

De la infatuación a la autorización, de la exhibición al acto, del parloteo a la interpretación, de la presunción a la efectuación, del alarde al corte, de la erudición al saber del inconsciente, del discurso de la universidad al discurso del analista, de la ciencia al psicoanálisis, de la aventura *freelance* a la institución, del *psicoanalismo* al psicoanálisis... Hay un largo y sinuoso camino, como decían John Lennon y Paul McCartney. Un recorrido que no ahorra “tiempo, dinero y pulmones”, parafraseando el viejo anuncio radial del detergente. O más bien un gasto de palabrería inocua para producir, en algún momento, un decir que haga acto. Son reflexiones necesarias para introducir el tránsito desde aquello que me permito llamar *psicoanalismo*, hacia la práctica propiamente psicoanalítica. Un tránsito no siempre logrado.

“No se es mejor médico por ser un mal psicoanalista, y no se es más instruido en psicoanálisis por ser un ignorante en medicina”. Extraigo y junto -a mi manera y conveniencia- estas dos proposiciones que se encuentran en la *Introducción al comentario de Jean Hyppolite* de Jacques Lacan, para sugerir que allí donde dice “médico” y “medicina”, bien podríamos colocar otros términos tales como “psicólogo” y “psicología”, o “psiquiatra” y “psiquiatría”, o “filósofo” y “filosofía”, u otros. Propongo estas variaciones, para introducir aquello que yo llamo *psicoanalismo*, como una práctica supremacista que constituye la “contracara” del *cientificismo* en una sola banda moebiana. El *cientificismo*, esa pretensión hegemónica que proclama la superioridad y el arbitraje de la ciencia sobre todos los demás discursos. *Psicoanalismo* contra *cientificismo*, un antagonismo inútil pero usual en el ámbito académico y universitario, y muy rentable para sus protagonistas en más de un sentido. El *psicoanalismo* no es el *psicoanálisis*, aunque pretende pasar por él, y esto no siempre es evidente. Desde la teoría de los cuatro discursos, el *psicoanalismo* está en las antípodas del discurso del analista, y ello lo ubica más bien como una de las expresiones del discurso del amo. El sufijo “ismo” sugiere una pretensión de hegemonía sobre otros discursos. Una pretensión que se sostiene en la infatuación de un saber presumido. Un saber que sirve para recitar definiciones, aforismos y fórmulas que zanzan problemas, preguntas y discusiones. El “lacanazo” oportuno que silencia al contradictor. Un ignorar que se ufana del desconocimiento de otros saberes y prácticas, que considera inferiores o insuficientemente estructuradas. Pero, sobre todo, un supuesto saber erudito y sabihondo que ignora olímpicamente la incidencia del inconsciente propio en quien emite ese saber, aunque

pueda recitar una definición libresca del inconsciente como “concepto” con todas sus leyes y mecanismos.

Así propuesto, el psicoanálisis es un ejercicio canallesco de poder y violencia palabrera. Una práctica de dominio y exhibición que pretende el arbitraje sobre el valor de otros saberes y prácticas que desconoce y desestima. Una pose yoica más que una posición subjetiva responsablemente asumida. Una aproximación frívola a la enseñanza del psicoanálisis que evita la verificación de su clínica en el propio sujeto que adopta esa pose. Una pretensión de supremacía que contradice la asunción de la falta subjetiva. Un momento frecuente en el proceso de muchas personas jóvenes cuando se acercan al psicoanálisis, más probable cuando estas personas están sujetas al discurso de la universidad y al academicismo. Un momento por el que casi todos hemos pasado en la avidez por el saber que ignora la determinación del inconsciente en cada uno. Un estado en el que algunos podrían quedarse de manera más duradera o definitiva.

Había sugerido anteriormente que el psicoanálisis está en continuidad moebiana con el científico. No ocurre lo mismo entre la ciencia y el psicoanálisis, dos campos de saber y práctica que no son las dos caras de una misma moneda, y que no necesariamente son opuestos ni excluyentes entre sí. La ciencia lo es de lo universal, explora, descubre y propone verdades verificadas y verificables en todos los campos en los que se aplican sus proposiciones. El psicoanálisis, en cambio, no es una ciencia, es una práctica clínica alrededor del malestar existencial de los seres hablantes, del que los síntomas son el pretexto y la vía de ingreso mediante la palabra. Si algo tiene que ver con la ciencia, el psicoanálisis sería una ciencia de lo particular, como en algún momento sugiere Jacques Lacan, contraviniendo aparentemente el carácter universal de la ciencia. De todos modos, tanto en Freud como en Lacan, encontramos desarrollos o intentos para darle un rigor como el científico al psicoanálisis, como una práctica clínica.

La pretensión científica de Freud se insertaba en la epistemología alemana de su tiempo, la que establecía la división entre las llamadas “ciencias de la naturaleza” y “ciencias del espíritu”. Por su formación médica y su carácter, Freud pretendía que la psicología, y posteriormente el psicoanálisis, debían inscribirse más bien dentro de las primeras, porque él desconfiaba de las segundas, y particularmente de la filosofía, por su carácter supuestamente especulativo. Si seguimos la obra freudiana a lo largo de su trayecto, hallaremos que hasta el final su autor siempre conservó la esperanza de que las ciencias del futuro descubrirían los fundamentos bioquímicos y fisiológicos de los conceptos y teorías que él proponía, a partir de su descubrimiento del inconsciente. En este momento, ya iniciado el siglo XXI, constituye un rico ejercicio el de la lectura del *Proyecto* y la obra freudiana en general, a la luz de las neurociencias presentes. Un ejercicio que pondría en su lugar respectivo al psicoanálisis y al neurocientificismo, mediante una interlocución entre el psicoanálisis y las neurociencias.

En cuanto a la obra de Jacques Lacan, su interés por refundar al psicoanálisis con el apoyo de la noción de estructura, de la lingüística, de la lógica, de las matemáticas y de la topología, apunta a su proposición del psicoanálisis como una ciencia de lo particular, en oposición al estatuto habitual de la ciencia en tanto lo es de lo universal.

Las disciplinas científicas a las que recurre Lacan constituyen saberes que están presentes en todos los campos de la actividad humana y en el orden de la naturaleza. Son ciencias por derecho propio que se efectúan al margen de su utilidad para el psicoanálisis. Su rigor y formalidad pueden deslumbrar a los practicantes del psicoanálisis, quienes por el solo hecho de repetir fórmulas y esquemas podrían pensar que están haciendo psicoanálisis y ciencia al mismo tiempo. Un deslumbramiento semejante al que pueden experimentar los entusiastas del neurocientificismo ante la bella imagen a colores de una tractografía cerebral o de una tomografía por emisión de positrones.

Ello nos lleva a plantear que, como toda infatuación, el psicoanálisis ha quedado capturado en el registro de lo imaginario. En la mera seducción de los gráficos y las pinturas a colores que suplantán completamente a la prueba de la clínica y al testimonio del atravesamiento por ella en el diván de otro o de otros, y al de otros en el diván de uno mismo. Unos dibujos que están en el lugar de la palabra y que verifican esta continuidad entre el psicoanálisis y el cientificismo, que están en aparente contradicción, especialmente con el neurocientificismo, aquella contracara que se vale de los descubrimientos de las neurociencias modernas y actuales para optar por la hegemonía supuestamente contraria. Esa infatuación de saber ignorante que casi seguramente desconoce el *Proyecto de una psicología científica*, como se ha llamado a ese manuscrito que Sigmund Freud garrapateó apresuradamente entre septiembre y octubre de 1895, para posteriormente guardarlo en un cajón.

Ese intento por darle un fundamento a la psicología en consonancia con las neurociencias de su época, de las cuales él mismo había sido un gestor y protagonista, junto con otros como Camilo Golgi y Santiago Ramón y Cajal.

Psicoanálisis contra neurocientificismo cognitivista, y viceversa. Esa bronca de cantina que sobrevive en una sociedad mezquina, parroquial y menesterosa de interlocuciones, intercambios y debates de buen nivel. Una sociedad como la ecuatoriana y la quiteña, en la que cada quien alaba su queso rancio y ataca el de los vecinos. Una controversia falsa e imaginaria que campea en nuestras universidades y en las autoridades institucionales y nacionales que las rigen, las mismas que decretan la exclusión de la enseñanza de Freud y de Lacan de los sílabos de las escuelas y facultades de psicología, en el nombre de un neurocientificismo fatuo, indexado y diletante. Ese neurocientificismo iluso que cree que el diagrama a colores de la sinapsis sacado de algún libro serio, explica toda la clínica y exonera de la responsabilidad de darle un lugar a la palabra particular y singular de cada ser hablante.

Una falsa controversia que anima a algunos jóvenes que se aproximan al psicoanálisis por la vía del psicoanálisis, por la pereza que puede provocar el estudio de la neuroanatomía y la neurofisiología, o por el desconcierto ante los protocolos de la psicoterapia cognitiva. Esos jóvenes que podrían pensar que nuestras escuelas e instituciones para la transmisión del psicoanálisis y su clínica, son santuarios que los protegerán contra otros saberes y discursos y los preservarán en su ignorancia.

Lo cual nos lleva a otro fenómeno que puede surgir como efecto del psicoanálisis, el de las disputas parroquiales entre escuelas de psicoanálisis, en donde cada una podría creerse la única y verdadera concesionaria autorizada del pensamiento de Freud y de Lacan, ignorando el hecho de que la multiplicación de escuelas es el producto inevitable y político de una

genealogía de transferencias, estilos e intereses particulares por determinados aspectos de la teoría y de la clínica, como una clínica del no-todo.

Podría parecer que esta pequeña divagación sobre esto que se me ocurre llamar psicoanalismo es una admonición o una vacuna contra esta pose. Nada que ver. Quizás el psicoanalismo es un momento regular o frecuente dentro de un proceso que comienza con la novelaría de la avidez por el saber en tanto mera información y conocimientos, y que podría arribar al saber en tanto saber del inconsciente como genitivo subjetivo y objetivo. Ello indica que el único remedio contra el psicoanalismo es el psicoanálisis, es decir el trabajo consigo mismo en un diván y ante otro, para poder pasar de la arrogancia a la asunción de la falta, de la repetición sabihonda a la producción más original, de la lectura memoriosa a la lectura entre líneas, y de la escritura de exámenes y ensayos universitarios a aquella que constituye una formación del inconsciente de cada uno. Un proceso que causa delirio cuando se realiza en solitario, ante lo cual se erige la alternativa de sostenerlo junto con otros y ante otros en el seno de una institución psicoanalítica, sin pretender que ella sea la única heredera del legado fundador.

